

rrocos de Turín y pueblos inmediatos, varios Canónigos y los Excmos. é Ilmos. Sres. Cagliari, Obispo de Mágida; Bertagna, Obispo de Cafarnaúm, y Leto, Obispo de Samaria; los cuales vestían capa pluvial negra y mitra blanca, acompañados de sus diáconos, subdiáconos y sacerdotes asistentes.

Llevaban el féretro, en andas, ocho sacerdotes Salesianos. Varios franceses é italianos habían solicitado este honor; pero los Salesianos les suplicaron que no se ofendiesen si pretendían conservarlo íntegro. La caja mortuoria cubierta con paño negro, llevaba encima las insignias sacerdotales y las medallas de oro de la *Asociación de Católicos de Barcelona* y de la *Sociedad Geográfica de Lyon*, corporaciones que le honraban, y muy en particular la primera, teniéndole inscrito como socio de honor y mérito por su grande Apostolado en favor de la juventud.

Al pasar el féretro, se descubrían todos reverentemente la cabeza, muchos se arrodillaban y no pocos pronunciaban las palabras, mil veces oídas en estos días:—¡Era un santo!

Al lado del féretro algunos sacerdotes llevaban las coronas de flores ofrecidas por el Capítulo Salesiano. Éste iba detrás de los despojos. Presidían Don Miguel Rua, Don Celestino Durando y Don Antonio Sala, quienes demostraban en el semblante su inmenso dolor. Por último seguían muchísimos sacerdotes, entre los cuales una representación de la Curia Arzobispal y otra del

renombrado Santuario de Nuestra Señora de la *Consolata*, los sacerdotes de la Compañía de Santo Tomás, crecido número de seminaristas, los representantes de todas las órdenes religiosas de Turín, los del Colegio de los *Artigianelli*, los de la prensa, esto es, de varios diarios de Turín, Milán, Génova, Roma, Ivrea, etc., el Excmo. señor Conde de Viancino, presidente de la Obra de los Congresos católicos; los representantes de la Unión conservadora, otros ilustres y distinguidos señores, el Consejo Central de la Unión Católica obrera de Turín con bandera, la Unión de los Aspirantes Obreros con pendón, la Juventud Católica con su estandarte, la Unión del *Coraggio Catolico*, los representantes de muchas Sociedades católicas forasteras, entre las cuales recordamos las de Saluggia, Chieri, Orbasano, Asti, Santena y Nizza Monferrato. Diez banderas enlutadas ondeaban sobre aquella espesa retaguardia, que marchaba ocupando todo lo ancho de la calle y extendiéndose desde el puente del ferrocarril hasta las inmediaciones del Oratorio. A honrar al grande educador de la juventud vinieron también ilustres profesores y beneméritos directores de varios institutos. Hallábanse entre ellos el Reverendo Dr. Sr. D. José Parato, rector del Colegio Nacional, y el Excmo. Comendador Sr. D. Juan Scavia.

Entre los extranjeros merecen ser señalados: el Sr. D. Luis Barros Méndez, de Chile; el Sr. don Julio Auffray, representante de la *Défense* de Pa-

rís; el P. J. Romanet, delegado de los profesores del *Petit Séminaire* de Pont de Beauvoisin en Saboya.

Ni tampoco aquí concluía el acompañamiento. Todas las referidas representaciones iban en medio de dos largas filas, compuestas de personas de servicio, que vestían la librea de las principales familias de Turín, entre las cuales figuraban asimismo algunos alguaciles del Municipio: por último seguían algunos centenares de personas devotas que rezaban piadosamente el santo Rosario.

Para poder formarse una idea de tan numerosa concurrencia basta decir que, después de haber recorrido los primeros que componían el cortejo la distancia de tres kilómetros, las últimas personas no se habían aún movido de la iglesia de María Auxiliadora.

Jamás presencié Turín un concurso tan numeroso ni tan espontáneo. Don Bosco, hijo del pueblo y consagrado al pueblo, recibió de éste la mayor demostración que pueda imaginarse.

El esplendor de este fúnebre acto no puede ser comprendido si no se le considera en su misma sencillez. Todos los que á él asistieron eran hijos, alumnos ó admiradores de Don Bosco, impelidos á presentarle tan penoso tributo, no por simple obligación de reverencia ni para salvar las apariencias sociales, sino por un inmenso sentimiento de amor y gratitud.

¿Funerales ó glorificación?

Era admirable y conmovedor el comportamiento de aquellos miles de niños y jóvenes, que iban por las calles con la cabeza descubierta, cada cual rezando devotamente oraciones particulares. Su único pensamiento era Don Bosco, á quien llevaban triunfalmente al eterno reposo.

Y la verdad: no fué sepultura, fué un triunfo. Llevaban á enterrar los restos de Don Bosco; pero el amado Don Bosco estaba más vivo que nunca en la veneración de la multitud, en el obsequio á su memoria, y en la grandeza de sus instituciones. Aquel muerto sobrevive en miles y miles de sacerdotes, religiosas, niños, obreros, que continuarán las tradiciones de sus virtudes evangélicas.

Los cantos fúnebres no tenían tampoco el acento triste y melancólico que conturba el corazón y mueve al llanto; aquellas notas subían por los aires límpidas y suaves, entre los rayos del sol refulgente, y movían dulcemente los corazones de todos, ciertos de que aquella alma gozaba ya en el cielo triunfo muy superior al que sobre la tierra le rendía la piedad de los vivientes.

En efecto, un señor de aspecto noble y generoso aproximóse á un sacerdote Salesiano y le preguntó:

—¿Me hace Vd. el favor de decir qué es esto?

—¡Es el funeral de un sacerdote!

—¡Cómo! ¿un funeral? No, señor, diga Vd. más bien una glorificación.

Una escena hermosísima acaecía en la calle de Ariosto delante de la estatua del venerable Cottolengo, la cual está en actitud de mostrar el cielo á un pobre anciano y á un niño que están á su lado. A los pies de la estatua se abren dos ventanas que dan á un aposento. Y hé aquí que, mientras en este punto se cambiaban los que llevaban el féretro, asómanse algunos pequeñitos enfermos, los cuales, con sus movimientos, parecía daban vida á la estatua, indicando en aquel momento el cielo al que había seguido tan glorioso ejemplo: *Charitas Christi urget nos.*

Entrada en la iglesia.

El espectáculo que ofrecía la vuelta del féretro á la iglesia era imponente é indescriptible.

Van á dar las seis. La plaza está llena de gente hasta la carrera *Regina Margherita*. Por la larga calle de *Cottolengo* tampoco se puede pasar. El atrio de la iglesia está enteramente libre y en él se colocan los niños del Oratorio, formando semicírculo. En medio hay dos filas de hombres con cirios encendidos. Entran en la iglesia las Hijas de María, vestidas de blanco, colocándose en la capilla de la derecha; el clero va adelante hasta el altar mayor, formando dos larguísimas filas, que se duplican por cada lado, al rededor del catafalco.

Apenas introducido el féretro en la iglesia, la música del Oratorio ejecuta una marcha fúnebre:

las campanas tañen con melancólico sonido; á pesar de todo, tan lúgubre armonía y lastimoso acento apenas conturban, porque el corazón está en extremo impresionado con el espectáculo extraordinario que contempla.

La iglesia está preciosamente iluminada.

—*¡Es la entrada en el Paraíso!*— oímos decir á algunos. Los Ilmos. Sres. Leto y Cagliari, el uno al lado de la Epístola y el otro al del Evangelio, en el altar mayor, estaban en pie, rodeados de sus sacerdotes asistentes y con mitra blanca en la cabeza. El Ilmo. Sr. Bertagna, esperaba el féretro sobre las gradas del presbiterio. Las representaciones quedaron en la puerta de la iglesia con sus respectivas banderas.

En cuanto el Ilmo. Sr. Bertagna hubo dado la bendición al cadáver, acaeció otro nuevo y edificante espectáculo. El pueblo se precipitó sobre el féretro para besarlo, como se besan las cosas santas. Las coronas de flores fueron hechas pedazos, y así hubiera sucedido con lo demás si desde luego no se hubiesen tomado providencias para impedirlo.

La caja fué trasportada en seguida á la capilla de San Francisco, con el fin de esperar la sepultura.

Pero ¿cuáles han sido las impresiones dejadas por este memorando día? Cuando la comunidad se vió toda reunida en casa, una paz, un consuelo general invadió los corazones de todos. Algunos que habían llorado aún aquella misma mañana, se

sintieron tranquilos, como si Don Bosco no hubiese muerto; como si aun se hallase en medio de sus hijos.

—¡Qué fiesta tan hermosa! exclamaban algunos; y quien al principio se había maravillado de semejante exclamación, concluía después por decir también:—¡Fué una espléndida fiesta! Muchos repetían las chanzas y afectuosas palabras que habían oído pronunciar á Don Bosco; otros narraban algunos pasos de su vida, con tanta alegría, con tal demostración de contento cual difícilmente se puede explicar con palabras. En fin; el luto había cesado. Todos sentíamos que Don Bosco vivía y no estaba lejos.

León XIII y D. Bosco.

Al día siguiente, por la mañana, una carta dirigida por Su Eminencia Rvma. el Cardenal Rampolla, al Sr. Don Miguel Rua, Vicario general de la Congregación Salesiana, coronaba nuestra misteriosa tranquilidad, con palabras dictadas por el mismo Vicario de Jesucristo.

RVMO. SEÑOR:

«La pérdida del sacerdote Don Juan Bosco, que
»gozaba de la estima, afecto y admiración univer-
»sal por las obras de cristiana caridad que fundó,
»por el celo que siempre desplegó en promover el
»bien de las almas, y por todo lo que hizo, á fin

»de que el nombre santísimo de Dios sea conoci-
»do y honrado en todas partes, la pérdida, en fin,
»de este Apóstol, deja un vacío, del cual duelese
»la Iglesia, y con ella deben justamente dolerse á
»la vez sus hijos, que le tuvieron como Padre
»afectuosísimo y dechado de todas las virtudes.

»Y puedo también decir que en el ánimo de Su
»Santidad, este tristísimo acaecimiento ha produ-
»cido una impresión tanto más dolorosa, cuanto
»era mayor la benevolencia que sentía hacia el be-
»nemérito sacerdote y la estimación en que siem-
»pre ha tenido sus muchas Obras, fecundas en
»santos y saludables frutos. De suerte que no
»puede menos de elevar su corazón á la misericor-
»dia divina y suplicar se digne concederle genero-
»so premio en la gloria celestial.

»Además, otorga cordialmente la bendición
»apostólica á la Sociedad Salesiana, en la seguri-
»dad de que le será un lenitivo en su aficción y
»estímulo para proseguir en la santa empresa que
»ha heredado del finado y que formó el objeto de
»sus incansables cuidados, durante los largos años
»de su mortal carrera.

»Uniéndome á los sentimientos del Padre Santo,
»deseo á V. toda clase de felicidades y me ofrezco
»con particular afecto

»*Afmo. servidor,*
»Card. M. RAMPOLLA.»

Roma, 2 de febrero de 1888.

EL ENTIERRO

Valsállice.

Los Salesianos habrían deseado conservar las reliquias del venerado Padre en la iglesia de María Auxiliadora en un sepulcro preparado al efecto. Pero después de grandes dificultades puestas por la autoridad civil sólo — cuando se habló de trasladarlas á una casa fuera de Italia — pudo conseguirse se guardaran en el Seminario de las Misiones Salesianas, en Valsállice.

El 4 de febrero, á las cinco y media de la tarde, Don Rua, el Ilmo. Sr. Cagliari, Don Sala y Don Bonetti acompañan en carruaje el ataúd que conducen á Valsállice. Durante el camino rezan el rosario.

Al llegar al Seminario, los sacerdotes y acólitos con cirios encendidos y ordenados en filas reciben el féretro y lo acompañan á la capilla. Oficiadas las exequias por Su Ilustrísima, todo el clero cantó el oficio de difuntos.

Luego puesto en el ataúd el sello de la Pía Sociedad Salesiana, fué conducido á la tumba hecha de gruesas losas de piedra labrada.

Asistieron también á este acto Don Francisco Cerruti, Don José Lazzeri y la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora.

Era justo que estuviesen representadas en esta ocasión todas las Instituciones fundadas por Don

Bosco. Finalmente á la presencia de más de 130 personas, los albañiles cerraron el sepulcro, dejando el puesto necesario para colocar más tarde una lápida de mármol, con el correspondiente epitafio.

Terminado el acto todos los circunstantes se reunieron en la capilla donde el Ilmo. Sr. Cagliari dirigió breves, pero conmovedoras palabras. Entre otras cosas dijo que los Superiores confiaban á los Salesianos de la Casa de Valsállice un precioso depósito, que quizá antes de mucho llegaría á ser glorioso. Les recomendó que lo custodiasen, y que acogiesen con fraternal amor á los hermanos que de otras Casas viniesen á visitarlo. Aconsejóles llegar con frecuencia á postrarse ante el sepulcro para inspirarse y encenderse en la práctica de las virtudes; y por último hizo una rápida reseña de las principales de que el varón de Dios nos había dado ejemplo.—A la manera, añadió, que los primeros cristianos se animaban á combatir por la fe, á sufrir y morir por Jesucristo y se fortalecían ante las tumbas de los mártires; á la manera que San Felipe Neri aprendió á ser Apóstol de Roma, visitando con frecuencia las catacumbas, así también vosotros, y todos, debemos venir frecuentemente á sacar en esta tumba aquella fortaleza que en medio de las más duras pruebas demostró Don Bosco en sus trabajos por la gloria de Dios y salvación de las almas, debemos, sí, venir á inflamarnos en aquel fuego de amor que siempre ardió en su pecho y le hizo apóstol, no sólo de

Turín, Piamonte é Italia, sino también de las más lejanas regiones de la tierra.

El Sr. Don Rua dirigió asimismo algunas palabras con las cuales demostró cómo la divina Providencia era quien confiaba á los Salesianos de Valsállice el cuerpo de Don Bosco. Refirió que en las vacaciones del año pasado todos los Superiores concordados habían determinado conservar el Colegio para la educación de niños y de allí á poco, cambiaron unánimes de parecer decidiendo, en medio de no pequeñas dificultades, transformar el Colegio y establecer seminario para misiones. El mismo Don Bosco que, pocos días antes, había dado su voto para que se conservase el Colegio, aprobaba gustoso este pensamiento. Y concluía diciendo:—Pero ¿qué objeto tiene, preguntaréis vosotros este recuerdo?—Pues solamente el de manifestaros que si esta casa fuese todavía Colegio, no habríamos podido conseguir el permiso de guardar con nosotros los despojos de Don Bosco: no en el Oratorio porque el Gobierno dió una negativa absoluta; no aquí, porque las autoridades no lo habrían permitido si fuese un Colegio de niños. Pero Dios, que había decretado llamar este año á Don Bosco y que, para nuestro consuelo, quería dejarnos su cuerpo cerca de nosotros, lo dispuso todo del modo referido.—¿No podemos, pues, decir con verdad que es la divina Providencia quien nos confía la custodia de este sepulcro? Por consiguiente mostraos dignos de tanta suerte y, con la práctica de las virtudes de Don Bosco, haced que

él pueda regocijarse de estar con su cuerpo en medio de vosotros cual Padre entre sus amados hijos.

Dicho esto, el Sr. Don Rua regresó al Oratorio con los demás Superiores. Los sacerdotes y acólitos de Valsállice reunidos en seguida al rededor de su Director, Dr. D. Julio Barberis, dirigieron unánimemente al Sr. Don Miguel Rua una protesta de profundo respeto, sumisión y afecto, en la cual terminaban diciendo:

«El corazón nos impone un deber. Parécenos que este día no terminaría bien si no mitigásemos, siquiera, en parte la aficción que embarga nuestros corazones uniéndonos á Vos, nuestro querido nuevo Rector Mayor, que en vida de Don Bosco supísteis inspirarnos tanta confianza, cautivar todo nuestro afecto é infundirnos tanta veneración.

»Sabemos que el Padre Santo os ha designado desde tiempo atrás, como sucesor del venerado Don Bosco. Con inmensa satisfacción, os reconocemos por tal, y nos consideramos dichosos en poderos saludar con el nombre de Padre. Y aquí, sobre la tumba de nuestro amado Fundador, protestamos solemnemente nuestra filial sumisión, dispuestos á obedeceros sin reserva alguna.»
